

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL



LA BIBLIOTECA GENERAL HISTÓRICA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA (THE GENERAL HISTORICAL LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF SALAMANCA)



TRABAJO DE FIN DE GRADO

Alumna: Nuria Hernández Iglesias

Tutor: Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares

Grado en Historia

Fechado: 06 de Julio del 2020

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
METODOLOGÍA	2
LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SALMANTINA: EL SIGLO XV.	3
EVOLUCIÓN Y DESARROLLO DURANTE LA EDAD MODERNA: EL MANIFIESTO EVOLUTIVO DE LA UNIVERSIDAD CON SU BIBLIOTECA	3
XVI-XVII	3
XVIII	6
EL REFLEJO ARQUITECTÓNICO Y MATERIAL DE LA REALIDAD DE LA BIBLIOTECA	8
INFLUENCIA DE LAS ARTES Y CONOCIMIENTOS RENACENTISTAS EN EL XV-XVI	8
DECADENCIA Y DERRUMBE, LAS METÁFORAS DE LAS BÓVEDAS CON EL ESTADO DE LA BIBLIOTECA EN EL XVII.....	11
CAMBIO DE PANORAMA Y REFORMA DEL XVIII	13
TIPOS DE LIBROS E INCORPORACIÓN DE LOS MISMOS BAJO EL RESGUARDO DE LA BIBLIOTECA.	14
LOS LIBROS COMPRADOS	14
LA INCORPORACIÓN DE LIBROS ORIGINARIOS DE DONACIONES DIRECTAS E INDIRECTAS. ...	15
➤ JUAN DE SEGOVIA.....	16
➤ ALONSO ORTIZ.....	16
➤ HERNÁN NÚÑEZ DE GUZMÁN, EL PINCIANO	17
➤ EL CASO ESPECIAL DE GONZALO CORREAS	18
CONSECUENCIAS DE LA EXPULSIÓN JESUITA PARA LOS FONDOS BIBLIOTECARIOS.....	18
MÁS ALLÁ DE LOS LIBROS: FUNCIONAMIENTO DE LA BIBLIOTECA, REGLAMENTO Y EL FUNCIONARIADO	19
CONCLUSIONES.....	22
BIBLIOGRAFÍA Y WEBGRAFÍA.....	23
ANEXOS	26

INTRODUCCIÓN

A lo largo de este trabajo, presentaremos, concisamente, la historia de nuestra Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca en la Edad Moderna y sus precedentes. Para comprenderla, estudiaremos, principalmente, a cerca de sus libros, arquitectura, reglamento y personal. Su objetivo y estudio comprenderá una rica visión que ayudará, además, a comprender su contexto y como la biblioteca resultó ser un fiel reflejo del funcionamiento y la evolución de la Universidad.

Si bien es un estudio puramente histórico, centrado en la Edad Moderna, podremos observar la evolución tanto histórica como funcional más importante del origen del sistema bibliotecario en Salamanca y como este, será un precedente de nuestro sistema de bibliotecas facultativas actual.

METODOLOGÍA

Brevemente, hemos utilizado fuentes secundarias de autores especializados en el ámbito de los libros, archivística y la biblioteca. Es interesante mencionar el conocimiento aportado por Margarita Becedas-directora de dicha biblioteca-y Óscar Lilao-Jefe del fondo antiguo-, entre otros, sobre la biblioteca y cuyos trabajos no pueden ser ignorados si se desea escribir, conocer y/o investigar sobre ella. A parte, hemos querido apoyarnos en obras primarias: los escritos de Pedro de Medina (1493-1567), Pérez de Mesa (1563-1632) o Münzer (1447-1508), personajes cultos de los siglos XV-XVI y la gran recopilación de cartas y actas transcritas, de Beltrán de Heredia-personaje religioso dedicado a la enseñanza-, a parte de su propio estudio.

LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SALMANTINA: EL SIGLO XV.

El primer precedente de la biblioteca universitaria, civil y pública, dató, bajo el reinado de Alfonso X, el 8 de mayo de 1254. En este momento, surgió la figura del estacionario o subalterno, quién se encargó de ella a cambio de una paga de 100 maravedís anuales. (Real de la Riva, 1953: 23).

Sin embargo, la biblioteca primitiva surgió en las constituciones de Benedicto XIII en 1411.

Según el registro de 1471, la biblioteca poseía 201 volúmenes, la mayoría dedicados a teología y derecho. Una cifra pequeña pero grande si tenemos en cuenta que estos registros son anteriores a la época de la imprenta salmantina y si la comparamos con otras de gran esplendor como la biblioteca vaticana, de unos 350 volúmenes (Real de la Riva, 1953: 26). Además, la biblioteca salmantina poseyó la exposición de las Clementinas de De Zabarellis y los libros, no contados, de Juan de Segovia (Beltrán de Heredia, 1970: 207). Este registro fue realizado en marzo de 1471 por los maestros de Osma y Martín Espinosa y los doctores Zamora y Martín Ávila.

Además, se produjo la reforma arquitectónica y el ordenamiento de los libros, promovida e influenciada por el pensamiento renacentista, el nacimiento de la imprenta salmantina y el aumento de los libros.

En este momento, la biblioteca llegó a alcanzar un gran esplendor, plasmado en los escritos de Münzer, junto con la magnificencia de la Universidad. La biblioteca fue dotada de gran riqueza en detalles, mobiliario y estructuración.

EVOLUCIÓN Y DESARROLLO DURANTE LA EDAD MODERNA: EL MANIFIESTO EVOLUTIVO DE LA UNIVERSIDAD CON SU BIBLIOTECA

XVI-XVII

Münzer habló de la grandiosidad universitaria salmantina entre el siglo XV y el XVI, cuyas facultades albergaron a más de 5.000 estudiantes (Real de la Riva, 1953: 28).

Debido al aumento del alumnado, se produjo el deterioro de las instalaciones, abriendo la confrontación entre la biblioteca y capilla, la cual, según el rector, quedó mermada en espacio. Esto, unido al retablo de Juan de Flandes y la donación de Alonso Ortiz, sentenciarían el primer tercio del XVI de la biblioteca a su cierre, remodelación, desuso y cambio de ubicación.

Entre los años de 1552-1563 se realizó el ordenamiento de los libros, incluso la biblioteca quedó cerrada para cumplir este fin también (De la Mano González y Lilao Franca, 1999: 231). En 1556, se mandó a las altas autoridades para dividir los libros de mayor a menor importancia. Pero ante la ineficacia de las autoridades, quienes aun siendo pagadas no tenían interés en su labor, llevó a su repetición en 1559 y a tomar medidas para paliar aquella desidia.

Además, la institución quiso aumentar la vigilancia en los libros. Un ejemplo de ello es la cédula de 1558 dónde obligaba al rector, cancilleres, consiliarios y catedráticos para vigilarlos anualmente (De la Mano González y Lilao Franca, 1999: 233). Sobre todo, controlar los libros de doctrina cristiana, prohibir y/o censurar aquellos que fueran contrarios a la doctrina católica, siendo un reflejo del contexto cristiano del XVI. Empero, la desidia golpeó este ámbito y hubo que mandar una segunda cédula en 1559 para repetir la tarea.

El aumento del control y protección de los libros fue causado por el problema de robos y desapariciones y por la expansión del afán bibliófilo (De la Mano González y Lilao Franca, 1999: 223), cuyo deseo era crear una biblioteca rica para la Universidad. Empero, este control, se limitó a memorias/registros deficientes de los libros y sus prestaciones. Los libros estaban abiertos a consulta, empero, estaban aún anclados a los atriles con cadenas de tradición medieval. Incluso se llegaron a pedir cadenas nuevas a Benito de Castro en 1533 (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 901).

Sin embargo, todos los problemas acumulados del XVI continuaron en el XVII, prolongando la desidia de la biblioteca.

En 1610, las instancias universitarias denunciaron su deterioro, pero no se planteó proyecto alguno para paliarlo. A excepción de alguna medida como la de Roco de Campofrío, quién enlistó todos los libros de la biblioteca. En este momento, se dató unos

1.250 volúmenes, dedicados mayoritariamente, al estudio salmantino y las ideas de la Contrarreforma, una cifra resultantemente pobre (Weruaga Prieto, 2008: 507).

Incluso bibliotecas privadas llegaron a tener una mayor importancia, como la de Francisco Antonio Díez de Cabrera, quién poseyó una cifra doblemente mayor. O Antonio Gallego quién poseyó un tercio de la cantidad citada (Weruaga Prieto, 2008: 507). Incluso llegó a ser una biblioteca deficiente con respecto a las de los conventos y comunidades religiosas, como la jesuita, cuyos fondos fueron más grandes y su regulación más eficaz.

Además, los problemas continuarían: la elección de los libros seguía siendo igual de deficiente como en el siglo XV; los libros pasaban a manos privadas con facilidad por los préstamos; los robos y las desapariciones afectaron a los fondos llegando a perder, con respecto a 1610, un 10% de la colección, en 1634 (Weruaga Prieto, 2008: 511). Por otro lado, a pesar de la expansión del afán bibliófilo, la Universidad careció de recursos económicos, siendo esto un obstáculo para el aumento de sus fondos (Weruaga Prieto, 2008: 507).

Todo lo contrario, si lo comparamos con las bibliotecas religiosas, las cuales eran mucho más eficientes a pesar de tener más fondos. La regla de «Todo es de todos» (Weruaga Prieto, 2008: 508) evitaba las desapariciones. Los libros eran públicos, como en la biblioteca universitaria, empero, se respetaba la fruición conjunta de los libros y el tiempo del préstamo.

En este período, hubo testimonios también, como el de Girolamo de 1604, sin embargo, no elogiaron a la institución como lo hicieron Münzer o Pérez de Mesa en los siglos XV-XVI (Weruaga Prieto, 2008: 508).

Según Pérez de Mesa e inventarios de 1610, los libros se clasificaban por materias/ciencias, categorías y/o tamaño, sin separación específica. Solo la separación más notoria fue entre los libros impresos y los manuscritos, aunque no en la categoría de teología que permanecieron juntos.

A parte, los libros eran tradicionales en sus contenidos. Según Weruaga (2008: 508-510), los libros teológicos fueron un 21% del contenido y los de derecho un 19,5%. La biblioteca reflejó el estado de la Universidad y la preeminencia de unos grados sobre

otros en ella. Hubo una alta demanda estudiantil por el derecho y teología para pertenecer a la burocracia monárquica y/o altos cargos eclesiásticos. Las humanidades compusieron un 35,4%, empero, eran libros anticuados o no actualizados con nuevos autores en la materia. Y los libros de ciencias, pese al auge científico en el contexto internacional con autores como Galileo o Newton, eran pocos y, mayoritariamente, de autores clásicos. La librería poseyó una gran pobreza tanto en cantidad como calidad en sus fondos.

La Universidad, imbuida por el pensamiento renacentista y el afán bibliófilo, quiso poseer una biblioteca modernizada. Esta idea también se vio en bibliotecas del XVI-XVII como la del Conde-Duque de Olivares o la de El Escorial de Felipe II (Arias de Saavedra Alías, 2014). La biblioteca también quiso construir su propio “templo de libros” y, con ello, su buena configuración. Aunque, esto cayó poco más en lo que aventuró Rodríguez-San Pedro (2006: 683) sobre la Universidad, lo cual, puede ser aplicado también a la biblioteca: «Un edificio gótico con una fachada renacentista(...)autores medievales en el plan de estudios clásicos de humanidades».

Los elementos medievales fueron notorios y los problemas se acumularon en el XVII. El deterioro de los libros fue proporcional al deterioro arquitectónico. Todo ello, desembocó drásticamente en el cierre de la biblioteca desde 1664 hasta 1749.

XVIII

Hasta 1749, no veremos un proyecto conciso para la remodelación arquitectónica y apertura, de nuevo, de la biblioteca.

En 1755, Noberto Caimo nos habló sobre el estado de desidia en la librería, acusándola de ser desfasada y anticuada. Caimo dató que esta solo poseía 5.000 volúmenes. Aunque, a finales de siglo, la cifra aumentó a 2.279 manuscritos, 484 incunables y 62.500 impresos (Weruaga Prieto, 2008: 512).

Según Weruaga, durante la primera mitad del XVIII, la lectura de los autores clásicos continuó, aunque en menor medida y mejor organizados, incluso los libros de Historia fueron un quinto de los libros inventariados, debido al presente aire renacentista, aunque predominaron los libros sobre leyes y teología. Empero, Caimo criticó que, en pleno siglo XVIII, la librería tuviera una escasez de títulos científicos modernos,

mermando su colección de ciencia en puras obras antiguas y autores clásicos (2008: 512-513).

Empero, en el último tercio del XVIII, la biblioteca llegó a su mayor esplendor. Todo ello fue debido a: el aumento de los libros al adquirir la colección jesuita por la expulsión de la compañía en 1767 más los libros de Colegios mayores y menores, incluido el Colegio Trilingüe. Sucesivamente, se conglomeró en un contexto favorable. Carlos III, influenciado por las ideas ilustradas que apostaban fervientemente por la educación, quiso recuperar el prestigio de la enseñanza con el plan de estudios de 1771, modernizando los estatutos educativos de 1625 (Becedas González, 2005: 3) y, con ello, supuso la modernización de la institución.

Este nuevo contexto, supuso la reforma de sus reglamentos, aprobados definitivamente en 1776. El reglamento de 1775, reguló eficazmente los libros por materia/facultad, incluso se añadieron secciones nuevas adaptadas a los cambios de la época como «la filosofía nueva» o «derecho patrio» (Becedas González, 2005: 3) y se realizó un nuevo índice, el cual contabilizó una cifra de 19.578 volúmenes y 10.000 impresos más manuscritos (Becedas González, 1995: 4). En el reglamento de 1776, se proyectó crear un catálogo adecuado. En ambos se habló sobre el funcionamiento, la financiación, organización, el régimen de lectura y las medidas de control, robos y deterioros con sanciones oportunas.

Finalmente, mencionar que esta remodelación afectó a sus fondos, criticados anteriormente por Caimo. Se incorporaron libros de autores nuevos y los libros científicos crecieron abrumadoramente. Además, se incorporó el “manual” para facilitar al alumnado seguir las clases, su consolidación definitiva fue en el siglo XIX.

Nuevamente, la biblioteca resultó ser un espejo de los cambios en la Universidad. Citaremos brevemente, según el estudio de Becedas González (2005), el cambio de los planes de estudios, los cuales afectaron en el ordenamiento y los fondos de la biblioteca:

- En Gramática, los autores clásicos como Virgilio y Horacio serían leídos junto a obras modernas como “Minerva” de Francisco Sánchez de las Brozas. En griego, se reglamentó su estudio, de esta obra, junto al poeta Homero.
- En Filosofía y Artes, la sección 38 se mantendría, “Philosophia Vetus” pero se añadirían las secciones 36-37 de historia natural. Los autores

clásicos como Aristóteles fueron estudiados junto a autores nuevos como Feijoo o Muschembroek.

- En Música, se superpuso el estudio de autores como Salinas frente a la destreza musical personal. En Matemáticas, se relegaron la importancia de la astrología frente a la geometría, aritmética y el álgebra. Ambas se independizaron de las artes.

- En Teología, se conservó el estudio de lecturas clásicas: Biblia, Santo Tomás o Pedro Lombardo. Aunque se abrió a nuevos autores.

- En Medicina se seguirían estudiando teóricamente autores como Hipócrates y Galeno, junto a El Guido y Vesalio aunque se incorporaron otros autores como Gorder o Petit.

- En Derecho, ante el solo estudio del derecho romano, se abrió al estudio de otras obras clásicas, en beneficio real, como el fuero viejo de Castilla o las obras de Alfonso X y manuales modernos como el de Antonio Pietro y Sotelo.

EL REFLEJO ARQUITECTÓNICO Y MATERIAL DE LA REALIDAD DE LA BIBLIOTECA

Si bien acabamos de hacer una pequeña introducción, centrándonos en los libros, ahora echaremos un vistazo brevemente a su arquitectura.

INFLUENCIA DE LAS ARTES Y CONOCIMIENTOS RENACENTISTAS EN EL XV-XVI

La biblioteca primitiva se dispuso en altura con el fin de captar la luz natural y facilitar la consulta de los libros. Además, se dispuso, como en las bibliotecas renacentistas europeas, por ejemplo, la Laurenciana en Florencia (Arias de Saavedra Alías, 2014: 354) para evitar problemas de incendios y humedades. En este período, la intervención más apreciable fue la de Domingo Díez.

La disposición de la biblioteca primitiva se recopiló en las noticias del claustro de 1464-1480. En 1467, su ubicación fue datada en la parte meridional. Tanto la librería como el arca compartieron espacio, según la noticia de 1470 ante la rotura del arca aunque sin pérdidas relevantes, y en las conversaciones de Pascual Ruiz y el Bachiller Quintanilla

de 1472 (Beltrán de Heredia, 1970: 207-208). El arca resguardó los libros más importantes, y, los otros libros, se dispusieron en el resto del espacio bibliotecario.

Pronto, surgió la necesidad de disponer un lugar específico, acondicionado para introducir nuevos libros, debido al desarrollo de la imprenta salmantina, según el manifiesto del 13 de junio de 1472. Finalmente, la nueva librería se dispuso en un espacio de nueva planta, de gran altura y espacioso, adecuado a las necesidades de consulta, resguardo y lectura de los libros.

En 1473, se ordenó al administrador del estudio que dispusiera del suficiente dinero para las obras de la librería. Pese a la pobreza económica de la Universidad, finalmente, se le otorgó un crédito de 16.000 maravedíes. Por otro lado, los maestros Pascual y El Síndico dispusieron todos los materiales necesarios para su labor.

El 12 de mayo de 1473 se mandó traer al maestro Yuzá para las obras. Además, sabemos que el maestro Abrayme también participó en ellas debido a una reclamación monetaria por pérdidas pecuniarias en este proyecto, registrada en los libros de claustros (Beltrán de Heredia, 1970: 211).

Sin embargo, estas obras entrarían en grandes desconformidades y en conflicto con otras edificaciones. Por ejemplo, con la nueva catedral que se superpuso a la Universidad o el palacio del obispo, querrellado por Gonzalo de Vivero. Fueron altamente criticadas por Camargo ya que este requería que las obras pasaran, también, por el claustro pleno, cuyos miembros eran personas experimentadas y con amplios conocimientos que podían ayudar en la edificación, y no solo por el claustro de los diputados (Beltrán de Heredia, 1970: 210).

Así, llegamos a la proyección del espacio de la librería en 1474, actualmente, espacio perteneciente a la capilla.

En 1478, se realizó su bóveda con ladrillo, cal, clavazón y piedra de Villamayor (Beltrán de Heredia, 1970: 211). Quién la cerró fue Abrayme, se le otorgaron 6.000 maravedíes. La bóveda fue pintada, reflejando el pensamiento renacentista con decoración armónica, ordenada y bella con elementos astrológicos y artes liberales, por Fernando Gallego. Sículo reflejó su admiración por ella igual que Münzer, quién la comparó con la de la capilla de Bienaventurada Virgen de Nüremberg en 1495.

El proyecto no fue interrumpido en ningún momento, ni siquiera en 1479 cuando la Universidad hubo de cerrarse debido a un brote de peste.

Posteriormente, carecemos de información hasta 1480 cuando, veremos, que la biblioteca ya estaba acabada. Este proyecto resultó relativamente exitoso.

Sin embargo, en contraposición con la amplia biblioteca, la capilla de San Jerónimo quedó mermada, incapaz de albergar al alumnado, el cual había aumentado. Según Sículo, entre 1494-1497, ya había una modificación, dónde se intentó mejorar su capacidad deshaciendo la alta nave de la biblioteca, disponiéndola en piso plano, mientras que la capilla permanecería en el piso inferior.

Empero, los problemas avicinaron cuando se quiso poner en la capilla el retablo de excesiva altura de Juan de Flandes hecho por Bigarmy y Gil Ronza. En 1504, con el fin de mantener ambas estructuras se quiso dismantelar solo la parte del techo dónde se colocaría la pieza. Empero, el 28 de enero de 1506, se dismanteló todo el techo, es decir, el suelo de la biblioteca. La bóveda de Fernando Gallego, quedó custodiando ahora el techo de la capilla según Pedro de Medina (1566: 89). Esto, más la donación de Alonso Ortiz, llevaron al planteamiento de un nuevo espacio para la biblioteca el 3 de marzo de 1506 y, el 26 de julio, se nombró una comisión para ello.

En 1509, se proyectó un nuevo espacio abovedado, con una altura mayor a la anterior, sobre las salas de leyes y filosofía, su lugar actual. Ubicado de norte a sur y acondicionado en sillería su espacio, se labraron puertas, arcos, escaleras y ventanas nuevas. Este proyecto comenzó bajo el rectorado de Manso, según Pedro de Torres, pese a los reproches del doctor Villasandino (Beltrán de Heredia, 1970: 214). En el proyecto, participaron los canteros Juan de Badajoz y Juan de Ruesga, elegidos por concurso, y aunque con menor certeza, la intervención de Pascual Jaén.

Su construcción también se hizo con apresuramiento, no se paró por ningún incidente según los registros del 7 de febrero de 1510. Incluso, según De Torres, el primer piso estaría terminado por 1511-1512. No tenemos constancia de quién realizó su fachada.

Cuando volvemos a tener registros sobre ella, datamos que en 1526 ya estaría terminada. Sin embargo, debido a unos problemas con la bóveda, el 3 de julio de 1527 se llamó a Juan Gil de Hontañón, Juan de Álava y Valparaíso. Para solucionarlo, Valparaíso

planteó reforzar los muros, Hontañón robustecer las paredes y Juan de Álava levantar los muros en altura para que el peso del tejado recargara sobre los muros y no en la bóveda, además de ensanchar los muros de norte y sur, sin perjudicar el resto del espacio. Esta última es la que se tomó en consideración (Beltrán de Heredia, 1970: 215).

Asimismo, las ventanas de buey fueron tapiadas y sustituidas por otras rasgadas; se abrió la comunicación entre la sala grande y el pequeño salón y se incorporaron escaleras de caracol, junto a la fachada (Beltrán de Heredia, 1970: 216).

Además, entre los años 1552-1563, se reordenarían los libros y el espacio para desprenderse de la imagen medieval y acercarse a una proyección más renacentista.

Pérez de Mesa (1566) proyectó una imagen de la distribución espacial y mobiliaria del momento:

Internamente, la biblioteca se compuso de estanterías altas y cajones que resguardaban unos 15-24 volúmenes, además, de estantes en el medio para el resguardo del resto de libros. Aunque no fueron mencionados, seguramente hubo atriles como soporte para consultar los libros encadenados. Las cadenas no desaparecieron hasta los siglos XVII-XVIII. El mobiliario se dedicó expresamente a la consulta. Finalmente, en 1594 se planteó dividir el espacio, aunque no se hizo hasta 1622: uno para el profesorado y otro para el alumnado (De la Mano González y Lilao Franca, 1999: 236-238).

DECADENCIA Y DERRUMBE, LAS METÁFORAS DE LAS BÓVEDAS CON EL ESTADO DE LA BIBLIOTECA EN EL XVII.

Según Weruaga (2008) la biblioteca aún rezumaba aire renacentista-humanista. Sin embargo, aquella imagen contrarrestó con la decadencia de la institución, reflejada en el desorden, descontrol, decadencia en contenido de los libros y también en su arquitectura.

La predisposición mobiliaria fue parecida a la del XVI: los cajones, atriles, estanterías y cadenas siguieron durante este período. Aunque tenemos constancia del trasladado en 1614 de los armarios de Martín Cervera para resguardar manuscritos, incunables y libros prohibidos (Becedas González, 1993: 252). El interior, se acondicionó al pensamiento renacentista y, con ello, su decoración. Un ejemplo de ello, son las

esculturas clásicas: Mercurio, Penitencial, Fortuna y Ocasión, las cuales tenían relación entre sí e intentaban reflejar los saberes de la biblioteca y Universidad (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 888).

Empero, en 1662, la biblioteca sufrió un revés arquitectónico cuando Antonio Sánchez alarmó del inminente derrumbe de la bóveda provocado por su grieta. Finalmente, acabó derrumbándose el 25 de noviembre de 1664 ante la incapacidad de concordato entre los expertos y la incapacidad económica de la Universidad para intervenir (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 913).

Aunque se intentó enmendar el daño con obras de urgencias, el daño se había propagado más allá del sistema de techumbre. Tanto el mobiliario como parte de los libros quedaron perjudicados.

Sin embargo, el daño sufrido traspasó mucho más allá de lo puramente arquitectónico. Se convirtió en una metáfora simbólica. El derrumbe y destroz de la bóveda y parte del espacio fueron un fiel reflejo de la desidia, malestar y decadencia de la biblioteca, tanto en su arquitectura como su colección. Pero también fue un fiel reflejo del malestar de la Universidad por aquel entonces.

Asimismo, la bóveda de Fernando Gallego, antigua bóveda de la biblioteca, se convirtió en metáfora simbólica también. Cuando aún resguardó en el siglo XV a la biblioteca, el orden cósmico-astrológico reflejado fue incompatible con el problema del desorden de los libros. La antigua bóveda, como la biblioteca en los siglos XVI-XVII, sufrió malestar y problemas de humedad y despigmentación en su pintura. Todo ello, desembocó en el siglo XVIII, siglo abierto a un nuevo pensamiento ilustrado-científico frente a la astrología y artes liberales, abriéndose a nuevos campos de estudio. Esto supuso una remodelación para la biblioteca y el plan de estudios; pero también para que su antigua bóveda, ya desfasada, fuera ocultada (Recio Sánchez, 2019: 10), intentando dejar en el olvido los saberes que la Universidad quería desprenderse, imbuida por el nuevo pensamiento ilustrado.

CAMBIO DE PANORAMA Y REFORMA DEL XVIII

Pese al intento de realizar un proyecto de su apertura en el XVII, no sería hasta 1749 cuando se retomaría la idea de su reconstrucción. Según Sotelo, este proyecto se llevó a cabo gracias a la financiación del Papa Clemente y pensadores como Pérez Bayer (Real de la Riva, 1953: 29).

La biblioteca se proyectó de una sola sala abovedada. Según Becedas González, su interior, albergaría estanterías de pino y se dispondrían carteleras para la nueva clasificación de los libros. Además, se incorporaron mesas de caoba y sillones de cuero del Colegio de San Bartolomé y los libros redondos traídos por Torres Villarroel de París. En 1756, se compraría nuevo material para el estudio como tinteros. Y se dispondrían tarimas en el suelo para resguardar del frío. En este momento, poco más que la portada gótica o la reja es lo que quedaba de la primitiva biblioteca (2012).

Andrés García Quiñones diseñó un nuevo planteamiento para acabar con los problemas anteriores de la biblioteca. E incluso se organizó una comisión para crear una nueva bóveda, finalmente materializada en 1761-1767, en dónde intervinieron personajes como Alonso de Apoca o Pérez Bayer y cuya decoración fue similar al estilo artístico del momento. Además, Manuel de Larra Churriguera se encargó de las estanterías y planos (Real de la Riva, 1953: 29). Asimismo, en este proyecto, se reestructuraron todos los fondos. Para la decoración, se incorporaron mármoles de la capilla de San Jerónimo, según Gabilán Tomé (Azofra Agustín, 2016: 75).

Según Azofra Agustín, en 1774, se restauró la sala de manuscritos y Juan Sagarbinada dispuso del zaguán para guardar los libros prohibidos e incunables. Además, él elaboró la montea de la bóveda de crucería, ya que era experto en cerrar bóvedas góticas, y elaboró un proyecto que, para él, era una continuación de las obras del XVI en el XVIII, basándose en una configuración vitrubiana y/o albertiana. Esta concepción se reflejó en el deseo de 1775 por crear nuevos espacios para el edificio (2016: 76).

TIPOS DE LIBROS E INCORPORACIÓN DE LOS MISMOS BAJO EL RESGUARDO DE LA BIBLIOTECA.

LOS LIBROS COMPRADOS

En la constitución de Benedicto XIII, se hizo acopio de la compra de obras jurídicas, teológicas y médicas. Incluso el dinero por pago de deudas se utilizó para la adquisición de libros. Posteriormente, Martín V estableció una cifra de 2.000 florines para la compra de libros.

El 9 de junio de 1468, se dio constancia de que la librería podía comprar cualquier libro a la venta, provocando, así, problemas de insipiente selectiva e intelectual. Normalmente, las obras eran seleccionadas según la necesidad del grado o cátedra.

El 20 de febrero de 1470, se mandó al maestro Osma y al doctor Rodríguez de San Isidro para observar e incorporar los libros del monasterio de San Francisco (Beltrán de Heredia, 1970: 206). Además, sabemos que la biblioteca podía reclamar cualquier crédito a su favor y utilizarlo para adquirir nuevos libros.

La compra de libros fue en España y fuera de ella. Un ejemplo, fue la disputa de Camargo en 1471, quién no cumplió su labor de comprar libros en Roma cuando se le habían entregado 2.000 florines para hacerlo. Camargo justificó que utilizó el dinero para el viaje y la bula derogativa de Lope de Mendoza (Beltrán de Heredia, 1970: 206-207).

También, se compraron bibliotecas privadas como la de Francisco y Pascual, Francisco y Bobadilla, Cristóbal Calvete (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 892), la de Francisco Villalpando por 3.100 maravedíes o la del Doctor Burgos por 1.250, entre otros (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 890). En el XVIII, se incorporó, por voluntad expresa, la biblioteca de Juan de Samaniego de unos 3.900 tomos, a cuyos libros se les realizó un índice específico. Además, por este momento, a la biblioteca se le brindó 400 ducados para la adquisición y reparación de libros. La compra de libros prohibidos la realizaba el inquisidor general (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 924-927).

Durante la reforma arquitectónica del XVI se redujo la compra, aunque seguían comprándose libros para las licenciaturas. En 1507, los comisionarios encargados de las compras, adquirieron libros por 5.025 maravedíes (Lilao Franca y Becedas González,

2006: 891). También, se compraron indirectamente, por ejemplo, la biblioteca de Lorenzo Ramírez por el colegio de Cuenca a su viuda Lorenza de Cárdenas en 1662, la cual se incorporó posteriormente a la Universidad (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 894).

Según Lilao Franca y Becedas González, el nivel de compra se retomó una vez finalizadas las obras en 1526 y se direccionó según el funcionamiento universitario y las facultades. Esta adquisición fue regulada por profesores y libreros de Medina del Campo y Salamanca, elegidos por concurso, quienes buscaron comprar los libros más adecuados y a mejor precio, y se encargaron de vigilar y encuadernarlos una vez introducidos en la Universidad, destacamos la figura de Juan Agustín. Posteriormente, eran incorporados a la biblioteca, aunque a veces, eran retenidos antes por los profesores para el estudio (2006: 891).

Las compras esporádicas se mantendrían a lo largo del siglo, destacamos la adquisición del 13 de marzo de 1574 de la políglota de Amberes de León Castro (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 892).

Además, se compraron libros no solo impresos sino manuscritos, sobre todo para lenguas clásicas y teología, destacamos la incorporación de la copia de la Biblia encargada a Alfonso Zamora.

LA INCORPORACIÓN DE LIBROS ORIGINARIOS DE DONACIONES DIRECTAS E INDIRECTAS.

El mayor comienzo de las donaciones fue en los siglos XV-XVI, empero, esto se prolonga hasta nuestros días. Nosotros destacaremos cuatro casos importantes, aunque, Lilao Franca y Becedas González (2006) destacaron otras donaciones: como la de Pedro Camargo de 1467, de unos 6 manuscritos, misma cantidad donada por Gonzalo Méndez en 1472. La donación de 150 volúmenes por Martín Sánchez de Frías o la de Cristóbal Madrigal en 1594. En 1652, Juan de Pareja donó manuscritos y una ayuda monetaria. En 1756, el Doctor Chafreón donó más de 7.000 volúmenes. Además, estas seguirían en el XIX y XX, destacamos las de María Andrea de Coca y los libros de su esposo, Juan Antonio Monleón, Lorenzo Velasco o Guillermo Sáez.

Definitivamente, las donaciones fueron un elemento muy importante para la colección bibliotecaria. Incluso, actualmente, resultan ser un elemento enriquecedor para las bibliotecas de facultades vigentes.

➤ **JUAN DE SEGOVIA**

Fue catedrático en Teología de la Universidad salmantina, bibliófilo y amante de las bibliotecas públicas europeas. Según González acumuló una gran colección de libros gracias a compras propias y donaciones de libros y dinero que invirtió en la compra de más libros. Principalmente, eran sobre teología cristiana, aunque destacaremos otras obras como la de Nicolás de Lira o un Corán antiguo (1944: 126).

Su donación fue de las más importantes del XV, y altruista, como acción de gratitud y poder transmitir los conocimientos teológicos al alumnado. Él quiso dejar su biblioteca con el fin de contribuir en la creación de una biblioteca universitaria fuerte, aunque esto no resultó así. En 1457, la biblioteca recibió su donación de 95 códices, aunque esta requería ciertas obligaciones de seguridad, los libros debían de estar encadenados y, los más importantes, dentro del arca, de venta, copia, etcétera. Si esto no se cumplía, la colección pasaría al fondo catedralicio. Algunos requisitos se respetaron, empero, otros no se cumplieron. Una parte llegó a perderse por malas prácticas como expropiaciones, venta o, incluso acontecimientos arquitectónicos, como el derrumbe de la bóveda en 1664. Incluso, algunos libros ni llegaron a integrarse, pasando directamente a la biblioteca vaticana (Signes, Cordoñez Merino y Domingo Malvadi, 2001: 34).

➤ **ALONSO ORTIZ**

Fue catedrático en Teología de dicha Universidad y canónigo en la catedral toledana, gran humanista, bibliófilo y concededor de lenguas clásicas y gramática (Fernando Collado, 2018). Su colección de 1.199 libros fue donada a principios del XVI. Sin embargo, por falta de espacio en la biblioteca y sus reformas, los libros hubieron de permanecer en casa del bedel. Empero, incluso acabadas las reformas en 1526, aún algunos libros seguían allí en 1527.

La donación fue constituida en el acta del 1 de febrero de 1497 y firmada el 7 de mayo de 1505 y, también, bajo unos requisitos de conservación y seguridad debido a la incertidumbre de robos y enajenaciones que pudieran sufrir los libros. Los libros permanecieron en el arca y/o encadenados para ser consultados en sala. Alonso Ortiz

apuntó que, de aquella manera, resultaría más enriquecedor ya que no se perdería ningún libro.

La colección, traída por Andrés de Carmona, principalmente, fue de derecho divino y teología. La donación fue otorgada para el uso estudiantil, haciendo énfasis en los estudiantes pobres. Además, otorgó unos 40.000 maravedíes para la fiesta de San Agustín y el reparo de los libros en mal estado (Aramburu Sánchez, 2019: 28).

En 1505, incorporó un total de 312 libros. Y, en 1508, tras su muerte, 459 libros con 513 obras y 163 obras impresas, manuscritos autográficos y 64 viejos, manuscritos en papel y pergamino (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 895).

➤ **HERNÁN NÚÑEZ DE GUZMÁN, EL PINCIANO**

Fue catedrático de griego en la Universidad salmantina y en la de Alcalá y, desde 1527, ocupó la cátedra de retórica en Salamanca hasta su muerte en 1553. Fue un gran helenista, humanista y filólogo clásico de renombre (Balcells Domenech, 2015).

Según los estudios de Tovar (Signes et al, 2001: 2) la mayoría de manuscritos en griego de la biblioteca fueron copiados por él, presentaron anotaciones suyas o fueron parte de su biblioteca personal. A diferencia de las bibliotecas de Nebrija o Arias Barbosa, las cuales, mayoritariamente, salieron de la institución salmantina (Signes et al, 2001: 13).

En 1548, El Pinciano llegaría a un acuerdo con la Universidad, en el cual le dejaba su biblioteca, a cambio de su jubilación. Esta donación se realizó bajo requisitos más rigurosos debido a los daños sufridos en las anteriores donaciones. Además, se realizó un registro detallado de los libros donados.

Empero, según Gaspar Torres, los libros no se incorporaron totalmente tras su muerte. A pesar de querer incorporarlos con brevedad, el problema del espacio dificultó la tarea. Incluso aún permanecieron en un ala del Estudio en 1554 (Signes et al, 2001: 72).

Finalmente, la colección fue trasladada a la biblioteca. Aunque fueron sacados de nuevo, según el acta del 4 de agosto de 1557, para su encuadernación. Sin embargo, también esta donación sufrió, como sus antecesoras, pérdidas, extravíos o enajenaciones

pasando a manos particulares como los libros de Plotino y Calcidio enajenados por León Castro, o, debido a la falta de resguardo y control, se entabló la posibilidad de vender volúmenes secundarios (Signes et al, 2001: 102-103). Incluso algunos ejemplares no llegaron a la biblioteca y solo conocemos de ellos por los registros documentados.

➤ **EL CASO ESPECIAL DE GONZALO CORREAS**

Fue catedrático de hebrero y griego en la Universidad salmantina en el XVII.

Según Rodríguez-San Pedro en 1631 donó su biblioteca al Colegio Trilingüe salmantino. Principalmente, eran obras de lenguas clásicas, pero también de otras áreas como geografía, historia, etcétera. Sin embargo, la decadencia de la librería colegial era similar a la decadencia de la librería universitaria. Más de 50 ejemplares fueron vendidos tras su fallecimiento. Pese al malestar de la librería universitaria, finalmente, se incorporó la biblioteca de Gonzalo Correas a ella para evitar posibles robos y mantener la seguridad de sus libros. Este malestar en la seguridad llevó a replanteamientos de donaciones particulares como la de Juan de Pareja. El mal estado de la Universidad estaba afectando a una principal fuente de adquisición de libros (1986).

CONSECUENCIAS DE LA EXPULSIÓN JESUITA PARA LOS FONDOS BIBLIOTECARIOS

Según, los estudios de Becedas González y Lilao Franca (1999), en los cuales centraremos nuestro apartado, la compañía de Jesús fue expulsada de los territorios españoles, incluida Salamanca, dejando una incalculable colección de libros en la ciudad. Esto más el punto XXIX de la cédula de 1769, la cual permitía que la Universidad pudiera adquirir cualquier libro de la biblioteca jesuita salmantina, ayudó al enriquecimiento de la biblioteca universitaria. Pedro Pablo Pereda pidió al rector nombrar diputados para esta labor. Finalmente, según las conversaciones entre Pedro Rodríguez y Pichón y Rodríguez Campomanes, la colección sería incorporada en 1770.

Empero, ante la insistencia de incorporar todos los libros en 1770, estos sufrieron daños al apiñarse por falta de espacio. Sin embargo, el nuevo plan de estudios de 1771, ratificado en 1772, priorizó su colocación y ordenamiento adecuado. Esta tarea fue realizada por el bibliotecario mayor José Ortiz de la Peña, quién, elaboró un índice para

los libros viejos y los nuevos jesuitas introducidos. Incluso, según los trabajos de la comisión acabados en 1772, se quiso también arreglar la biblioteca.

En 1772, tenemos constancia de que los libros ya se encontraban en la librería. Sin embargo, José Ortiz pidió el nombramiento de un segundo estacionario debido a la gran labor de ordenamiento y para hacer el índice alfabético de los libros jesuitas. Finalmente, en 1775, el índice y los arreglos de la biblioteca fueron acabados y los libros fueron clasificados por facultades, colocados en el convictorio carolino. En 1777, Ortiz concentró su labor en realizar índices por materias: teología, derecho e historia.

MÁS ALLÁ DE LOS LIBROS: FUNCIONAMIENTO DE LA BIBLIOTECA, REGLAMENTO Y EL FUNCIONARIADO

En el siglo XV, el personal estuvo compuesto por el estacionario/subalterno, cargo aludido en las constituciones de 1422 de Martín V, quién debía encargarse de cuidar la biblioteca a cambio de 20 florines y, además, rendir fidelidad a la institución y al rector (Real de la Riva, 1953: 28). Si no cumplía con su labor podía ser castigado hasta con la excomuni3n. Mientras tanto, los bedeles se encargaban de cuidar y limpiar los libros mensualmente y abrir la biblioteca, dos horas en la mañana y otras dos por la tarde, todos los días, salvo domingos y festivos, destacaremos las figuras de Juan de González de Valdivieso y su hijo Jerónimo (Real de la Riva, 1953: 26).

Además, la biblioteca debía garantizar la entrada y el buen ambiente para la lectura.

También personas ajenas participaron en tareas de la institución: maestros, encuadernadores y profesores.

Se implementaron medidas ante el incumplimiento en devolución de libros. Los profesores serían penalizados con la reducción del sueldo, mientras que el dinero recaudado se utilizó para adquirir más libros.

Durante los siglos XVI-XVII, hubo un aumento de los visitadores, debido a los problemas del momento, quienes se encargaron de vigilar las prestaciones y devoluciones de los libros.

En 1538, la biblioteca abriría hasta que las clases terminaran. En invierno de 9-11h y de 14:00-16:00h. En verano, de 8-10h y de 15:00-17:00 (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 900-901).

Se intentaron tomar medidas de control más estrictas, aunque fueron deficientes, tales como: la realización de una memoria de los libros; se establecieron medidas y sanciones ante retrasos, roturas, etcétera, medidas de restauración y encuadernación de los libros. En 1563, los visitantes debían de entregar los libros al bedel Gerónimo de Almaraz. (De la Mano González, Lilao Franca, 1999: 234-235).

La desidia del personal y la institución en la toma de medidas y sanciones estarían presentes hasta el XVII-XVIII. Empero, a finales del XVIII, se realizó un cambio sustancial al incorporarse una reglamentación eficaz para el personal y las normas de la institución. Según el reglamento de 1775, estudiado por Becedas González (1994) los requisitos y las labores del personal fueron:

Para el bibliotecario mayor, ha de ser doctor o maestro, culto y saber lenguas modernas como francés. Este cargo era elegido por oposición y era incompatible con el cargo de catedrático. Si este deseaba serlo, debía abandonar su puesto. En compensación, se le otorgarían los mismos honores que a un catedrático y se le tomaría en consideración en las fiestas de la capilla.

Entre sus responsabilidades destaca: satisfacer las necesidades de los profesores y la biblioteca; comprar libros a buen precio con los 400 ducados otorgados anualmente para ello; vigilar, expurgar con comillas, ordenar los libros por materias-facultades con tarjetas/escudos en las estanterías; realizar índices y catálogos para facilitar la consulta de los libros, incluso inspirándose en índices extranjeros como el de Oxford; inventariar las monedas y medallas; permanecer en la biblioteca mientras esté abierta, como los subalternos; elegir el lugar dónde se colocarán los libros prohibidos y raros, los cuales se guardaron con sumo cuidado y no podían ser consultados sin licencia previa.

Su puesto dependerá de la institución, siendo, así, menos autónomo. Su sueldo constará de 600 ducados y tendrá 3-15 días, pudiendo pedir otros 15 más, de vacaciones a elección personal, podían ser días feriados. Si enfermaba, las llaves serían entregadas al subalterno.

Sucesivamente, las labores del subalterno serían: la apertura de las puertas a su hora; cuidar y vigilar los libros, estantes, tinteros, etcétera; vigilar el orden, el silencio para el estudio, la actitud y compostura cortés y urbana, más la vestimenta de los concurrentes; ayudar en la elaboración de catálogos/índices al bibliotecario.

Los subalternos podían vestir con sus hábitos o trajes militares.

El bibliotecario y los estacionarios se encargarían, conjuntamente, de la seguridad, control, compra y gastos de los libros, de dividirlos, sellarlos e indicar los que son o no de donación real.

En cuanto a la biblioteca, esta abriría en invierno de 9-12h y de 14:00-16:00h. El resto del año de 8-11h y de 15:00-18:00h. En domingos y festivos solo tres horas por la mañana. Y de 8-10h cuando las aulas estuvieran cerradas, dónde solo estaría un subalterno. Si el bibliotecario falta, debían de estar ambos (Lilao Franca y Becedas González, 2006: 947).

En invierno, se concedió poner un brasero, pero debía quitarse tras cerrarse la biblioteca. La limpieza de libros y mobiliario sería obligatoria.

Finalmente, mencionar que las sanciones serían ahora más estrictas, incluida la excomunión, visto cuando el personal imprimió las cuatro bulas de excomunión, colgadas en las esquinas de la sala.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo, hemos observado la evolución de la biblioteca en la Edad Moderna. El pensamiento renacentista expandido por Europa y España influyó en la Universidad de Salamanca hasta el punto de plantear crear una biblioteca moderna, “al estilo renacentista”. Empero, la imagen de fachada renacentista contrarrestaba con el estado decadente de la institución. Esta decadencia quedó reflejada en los libros anticuados y la desidia del personal por mantener un buen control, ordenamiento y cuidado tanto de los libros como la arquitectura. Si bien, la biblioteca intentó reflejar el adjetivo de “modernidad”, aún resguardaba el tradicionalismo y los problemas acumulados anteriores, naufragada en un contexto histórico-universitario que afectó en su funcionamiento.

Todo ello culminó con las metáforas del derrumbe de su bóveda en 1664 y el ocultamiento de su antigua bóveda astrológica, poniendo fin al proyecto envejecido por los problemas y la falsa imagen de modernidad.

No sería hasta el XVIII, cuando la biblioteca tomaría un nuevo rumbo. Envuelta en un nuevo contexto científico-ilustrado que debilitó el pensamiento intelectual anterior.

La biblioteca fue un buen reflejo del estado de la Universidad, tanto en su interior, exterior como en sus libros. El cambio universitario desde la segunda mitad del XVIII desembocó en un cambio sustancial para la biblioteca, convirtiéndose, este período, en su siglo de oro. No fue hasta este momento cuando se dio eficazmente un control, orden y respuesta del personal, que tanto había sido buscado en los siglos anteriores.

Debido a este cambio sustancial, se abrieron las puertas del desarrollo de lo que hoy en día es el funcionamiento de nuestras bibliotecas facultativas y, cuyo origen, no se podría comprender sin el estudio de la historia de la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca.

BIBLIOGRAFÍA Y WEBGRAFÍA

Aramburu Sánchez, C (2019) *Breve estudio de los fondos bibliográficos italianos de la biblioteca general de la Universidad de Salamanca hasta el siglo XVIII*. En: González Martín, V., Gil Rovira, M., Martín Clavijo, M., Scampuddu, I (Coords) "Un recorrido por las letras italianas en busca del humanismo". Aquilafuente, 283, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

Arias de Saavedra Alías, I (2014) *Los espacios de las bibliotecas en el antiguo Régimen*. Granada. Artículo realizado en el marco del Proyecto HAR2014-52850-C3-2-P del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Azofra Agustín, E (2016). *La arquitectura histórica de la Universidad de Salamanca como elemento estructurante en el desarrollo urbano de la ciudad. Presencias, arquitecturas en el papel y ausencias*. En Rivera Blanco, J (Coord). "Arquitectura universitaria. Ciudades patrimonio mundial" II Simposio Internacional de Arquitectura Universitaria. Alcalá de Henares. Pp.59-93.

Balcells Domenech, J.M (2015). *Hernán Núñez De Toledo. Glosa sobre las «Trezientas» del famoso poeta Juan de Mena, edición crítica y estudio de Julian Weiss y Antonio Cortijo Ocaña*. Madrid. Ediciones Polifemo, 1258.

Becedas González, M (1993). *La biblioteca universitaria de Salamanca*. Madrid: MCTV, el Tesoro bibliográfico de España (Videolibros).

Becedas González, M (1995). *Primeros reglamentos de la Biblioteca Universitaria de Salamanca: 1775-1776*. En: "De libros y bibliotecas homenaje a Rocío Caracuel" (Pp.37-48). Sevilla, Universidad de Sevilla.

Becedas González, M., Lilao Franca, Ó (1999): *Noticias sobre la Biblioteca del Colegio Real de la Compañía de Jesús de Salamanca*, En: "Homenaje al Padre Benigno Hernández Montes" (Pp.511-538). Salamanca, Diputación de Salamanca.

Becedas González, M (2005) *La renovación de las lecturas en la Universidad de Salamanca (1625-1771) y su reflejo en la Biblioteca Universitaria*. En: "Saberes y

disciplinas en las universidades hispánicas". Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca. Pp.181-207 (*Miscelánea Alfonso IX*, 2004) (Aquilafuente; 83).

Becedas González, M (2012) *La Biblioteca, cultura y ciencia*. Cap III. En: *Loci et imagines=imágenes y lugares: 800 años de patrimonio de la Universidad de Salamanca*. Salamanca. Colección VIII centenario; 6. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca.

Beltrán de Heredia, V (1970). *Cartulario de la Universidad de Salamanca*: Universidad de Salamanca. Vol II.

De La Mano González, M., Lilao Franca, Ó (1999). *La Biblioteca Universitaria de Salamanca en el siglo XVI: Entre Tradición y renovación*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca. Stud his, Hº mod, 21. Pp.219-240.

De Medina, P (1566). *Primera y Segunda parte de las grandezas y cosas notables de España*. Alcalá de Henares. En: <https://archive.org/details/ARes74201/page/n23/mode/2up> Fecha de Consulta: 24/05/2020.

Fernández Collado, A (2018). *Alonso Ortiz*. Real Academia de la Historia. En: <http://dbe.rah.es/biografias/7419/alonso-ortiz> Fecha de Consulta: 11/06/2020.

Franca Lilao, Ó., Becedas González, M (2006). *La Biblioteca General Universitaria: Evolución histórica y fondos*. En: Rodríguez-San Pedro Bezares, Luis Enrique (Coord). "Historia de la Universidad de Salamanca: Vol III. Saberes y confluencias". Salamanca. Ediciones de la Universidad de Salamanca.

González, J (1944): *El maestro Juan de Segovia y su Biblioteca*. Encontrado en: De Entrambasaguas, J. Colección Bibliográfica. Vol VI. Madrid. Consejo superior de Investigaciones científicas. Instituto Nicolás Antonio.

Real de la Riva, C (1953). *La Biblioteca de la Universidad de Salamanca*. Memoria anual y noticia histórica de la misma. Salamanca.

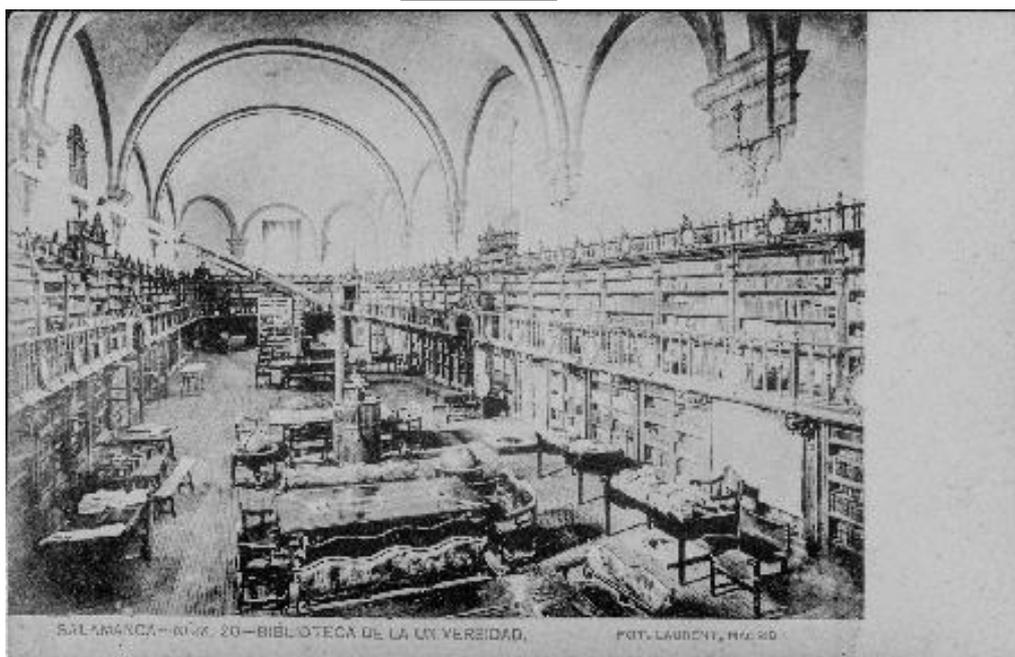
Recio Sánchez, P (2019). *La bóveda astrológica del Cielo de Salamanca. Aportaciones para la recreación de su aspecto original*. Universidad politécnica de Valencia. Trabajo Fin de Grado, Facultad de Belles Arts de Sant Carles, Valencia.

Rodríguez-San Pedro Bezares, L.E (1986) *El humanista Gonzalo Correas y su biblioteca salmantina (1631)* apunte valorativo. Nº4. En: Studia histórica. "Historia moderna Universidad de Salamanca". Fundación Española de Historia Moderna. Pp.93-102.

Signes, J., Codoñer Merino, C., Domingo Malvadi, A (2001). *Biblioteca y epistolario de Hernán Núñez de Guzmán (El Pinciano): Una aproximación al humanismo español del siglo XVI*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Weruaga Prieto, Á (2008). *Lectores y bibliotecas en Salamanca moderna (1600-1789)*. Valladolid. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.

ANEXOS



Anexo-1. Tarjeta Postal con foto de Laurent, J (1900-1906).

Salamanca. Archivo Tarjetas Postales. Núm.20. Fuente:
http://www.mcu.es/fototeca_patrimonio/Visor?usarVisorMCU=true&archivo=TARJETAS%20POSTALES/preview/TP-0619_P.jpg Fecha de Consulta: 30/05/2020



Anexo-2. Puerta de la Biblioteca. Laurent, J (1858).

Archivo Ruiz Vernacci. Fuente:

http://www.mcu.es/fototeca_patrimonio/Visor?usarVisorMCU=true&archivo=RUIZ%20VERNACCI/preview/VN-03950_P.jpg Fecha de Consulta: 30/05/2020.



Anexo-3. Interior de la Biblioteca. Universidad de Salamanca. Laurent, J (1859).

Archivo de Ruiz Vernacci. Fuente:

http://www.mcu.es/fototeca_patrimonio/Visor?usarVisorMCU=true&archivo=RUIZ%20VERNACCI/preview/VN-06321_P.jpg Fecha de Consulta: 30/05/2020.



Anexo-4. Puerta de la Biblioteca de la Universidad. Laurent, J (1858).

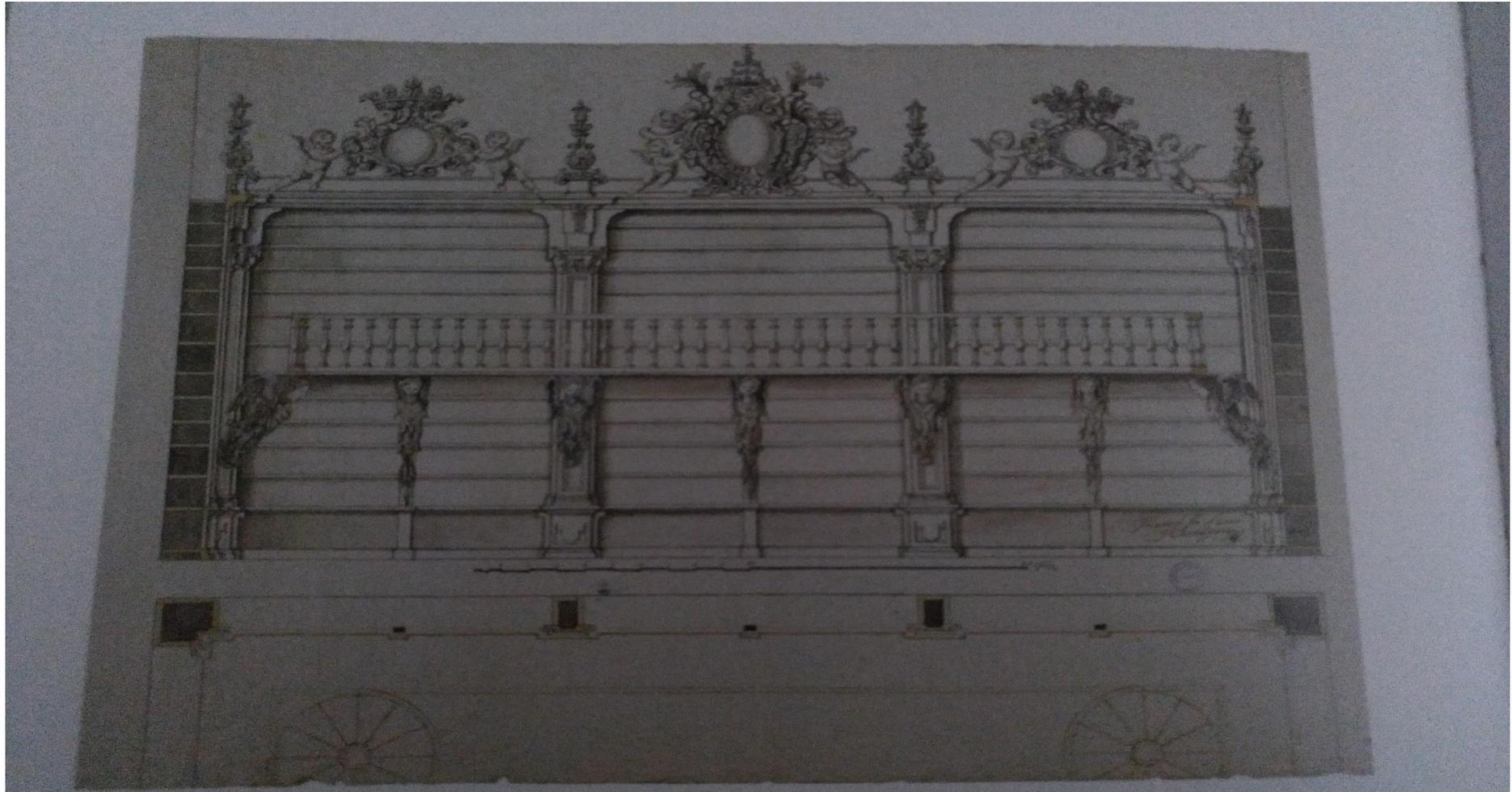
Archivo Ruiz Vernacci. Fuente:

http://www.mcu.es/fototeca_patrimonio/Visor?usarVisorMCU=true&archivo=RUIZ%20VERNACCI/preview/VN-17893_P.jpg Fecha de Consulta: 30/05/2020.

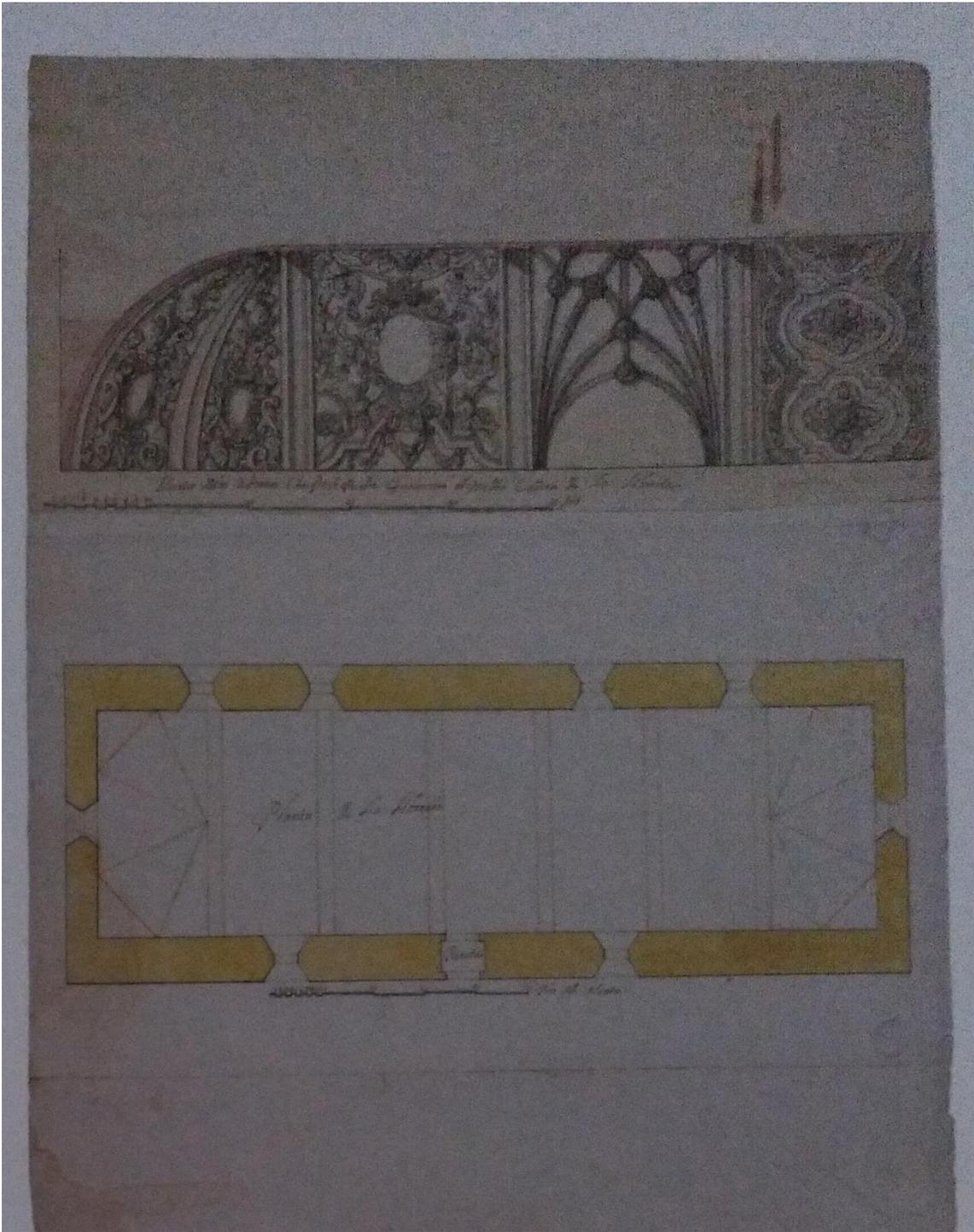


Anexo-5. Estado de la bóveda primitiva.

Fuente: Recio Sánchez, P (2019). *La bóveda astrológica del Cielo de Salamanca. Aportaciones para la recreación de su aspecto original*. Universidad politécnica de Valencia. Trabajo Fin de Grado, Facultad de Belles Arts de Sant Carles, Valencia.



Anexo-6. Dibujo de Manuel Larra Churriguera de las estanterías de la librería universitaria salmantina. 1749.



Anexo-7. Bocetos de Andrés García de Quiñones sobre la planta de la librería y la nueva ornamenta de la bóveda, 1749.

Fuente Anexos 6-7: Becedas González, M (2012) *La Biblioteca, cultura y ciencia. Cap III. En: Loci et imagines=imágenes y lugares: 800 años de patrimonio de la Universidad de Salamanca.* Salamanca. Colección VIII centenario; 6. Ediciones Universidad de Salamanca.